

La reina del Kill

Celia Herrera García

Allá por los noventa, cuando en España se llevaba el salir sin tener que pagar mil pelas para entrar en un cuchitril sin papel en el baño, yo tuve un bar. Lo tuve de la manera más poética posible, porque no era mío, pero sí lo era. Lo era de la misma forma que lo son mi ciudad, mi familia y mis amigos, cosas que me pertenecen pero que no son de mi propiedad.

El Kill fue el bar de mi etapa universitaria, la salvación de mis jueves. Me acuerdo de la primera vez que entré por esa puerta de metal, el olor a alcohol y a sudor, las mil y una caras y Jarabe de Palo resonando por toda la sala, el sueño de cualquier niñato de 20 años. Me acuerdo de esa primera cerveza, de la segunda, de la tercera y de la resaca del día después, y también de la sonrisa de bobita que aparecía en mi cara cada vez que pensaba en la noche anterior. No hubo vuelta atrás, a partir de ese jueves mi estado civil cambió de «nada serio» a «felizmente casada», no había garito en la ciudad que se le igualara.

Al principio entraba como una más de las Spice, digna modelo de una portada de la revista Rolling Stone, ninguna arruga en la falda y el entusiasmo propio de aquel que lleva sin ver a su pareja una semana, «La reina del Kill» me llamaban. Con el paso del tiempo llegó un momento en el que dejé de arreglarme para salir, ese frenesí propio de los primeros meses de relación se transformó en algo más cómodo, más estable, más seguro, en un lugar donde existir sin ser juzgado, sin expectativas, el Kill se convirtió en casa.

La comunidad que se formaba allí los jueves era digna de estudio, una vez pasado el portón el exterior se desvanecía, una realidad paralela, una sociedad en sí misma. Dentro del Kill uno podía ser lo que quisiera, a la gente le daba igual, las singularidades de cada uno se ahogaban en un mar de luces y sonidos, reemplazadas por un sentimiento de pertenencia, de unidad, sensación que desaparecía cuando encendían las luces. Fuera nadie se conocía, todos éramos extraños, nadie saludaba a nadie, como si nuestra existencia solo tuviese sentido dentro de esas cuatro paredes.

Y fue eso, esa necesidad de pertenencia, de reconocimiento, lo que me acabó asfixiando, lo que me volvió adicta a esas noches y a todo lo ligado a ellas. La relación se volvió tóxica, simbiótica, mi semana no tenía sentido si el jueves a las doce no estaba pidiendo una copa en la barra. La gente comenzó a marcharse, las amistades a romperse, y llegó un punto en el que la soledad cargaba el ambiente de un espacio en el que era imposible estar sola. Veía mi vida pasar sentada en un taburete y al ritmo del Último de la Fila. La soledad me empujó a buscar compañía en lugares en los que no debería haberla buscado, a conocer personas que no debería haber

conocido, la noche abrió sus fauces y me devoró por completo, dejando solo vestigios de lo que un día fui.

Lo odié casi tanto como lo amé, pero dejarlo atrás era tan difícil como lo es ahora saltar a las vías del tren. Me pregunto cómo es posible que una noche pueda condicionar tanto el resto de tu vida, que el efecto mariposa sea tan caprichoso. Quizás si nunca hubiera entrado a la guarida del lobo no estaría ahora en esta situación, o puede que sí, ya es tarde para averiguaciones. Mi vida ha sido el resultado de un cúmulo de malas decisiones, y todo comenzó allí, hace quince años exactos. Ojalá haber salido cuando debí, cuando lo hicieron los demás, ojalá haber dicho que no a todo lo que dije que sí, ojalá me recuerden cuando ya no esté, ojalá mis palabras pudieran viajar en el tiempo, ojalá no haber llegado a ser nunca la reina del Kill.